

Visitants, 2024

Las historias no tienen ni principio ni fin, no realmente.

Las historias no tienen protagonistas o, ni siquiera, trama. Meras perspectivas adulteradas, mitos, descripciones sintéticas de una realidad demasiado compleja como para expresarla con palabras.

Somos, en el mejor de los casos, personajes secundarios de nuestras propias historias, simples anécdotas en el fluir del tiempo, tiempo homeopático, un segundo disuelto en la eternidad, sin un gran final. Las historias siguen vivas mientras alguien tenga interés en narrarlas, o un público interesado en oírlas.

Esta historia no es distinta, realmente no empieza aquí, y, con toda certeza, no tendrá una conclusión.

Al amanecer, en ese preciso momento en el que los rojos desaparecen del horizonte, todo se convierte en siluetas negras cortadas sobre un cielo azul oscuro que, gradualmente, se funde a negro.

Nos volvimos y echamos a correr, como si nos fuese la vida en ello... y así era, tras nosotros, todo se desplomaba en un paisaje olvidado, devorado instantáneamente por la inmensidad del tiempo. Nos mantuvimos por delante, consumiendo momentos que, segundos después, dejaban de existir. Llegábamos tarde. Entre escalofríos, miramos al horizonte y lloramos... La humedad del aire en nuestro rostro lavándonos desde la orilla, lavando nuestros miedos, lavándonos.

Dijimos adiós mentalmente a quienes partían, mientras seguíamos la estela que dejaban a su paso. La Historia partía con ellos, para nunca volver. La humanidad había partido mucho antes de ser consciente de ello, arrastrada por una corriente que la alejaba de sí misma, esperando a consumir su destino. Nos dejaron un mundo en disolución al que escoltar al olvido. La humanidad ha abandonado la sala.

Sonríe y saluda.

La realidad no existe, tal vez realidades, consensos parciales sobre el "¿qué sucede?" o el "¿qué acaba de pasar?"... Nuestra existencia ya no será descrita, categorizada o analizada, simplemente existiremos, tiempo encriptado en la vida misma. Nuestra narración terminará con nosotros. Nuestra voz se extinguirá de manera natural, no será censurada, ridiculizada o deshumanizada, sólo los humanos son capaces de esto. El presente es todo cuanto tenemos, donde tiempo y espacio confluyen.

Sonríe y saluda... sonríe... y saluda... Sonríe!

Al fin llegó. Lo veíamos venir, pero no pudimos hacer otra cosa que contemplarlo, increíble, y, como todo lo peligroso, al mismo tiempo emocionante y temible... fascinante. Su aliento en nuestros rostros... quizás fue así. El hecho de estar allí, ese hecho, solo podía querer decir una cosa y era demasiado aterradora como para aceptarla, así que la ignoramos.

La vida se había adherido a estructuras y lugares ajenos a nuestra comprensión. Su procedencia: desconocida. Y qué importa. Se camufló en nuestras vidas exo-orgánicamente, alojando en sí la propagación de un nuevo amanecer. No una conquista hostil... fertilizados, marcas de indelebles transformaciones genéticas de las que no hay regreso.

Nos vamos, vivimos, nos vamos, vivimos, nos vamos, vivimos... despojados de nuestra propia historia. El destino siempre tiene razón. Nos vamos... Vivimos!

Abandonamos nuestros cuerpos, bio-trajes cuya única función era mantenernos con vida en nuestra transición. Dejamos de ser... pero aún éramos. Observamos nuestra corrupta materialidad abandonada como la muda de una serpiente, simples envases, haciendo llegar aquello que no puede conservarse... el destino arqueológico del diseño. Una historia definida por lo que se ha perdido, inferido de la permanencia de lo descartable... un vino, un perfume... un alma. Permanecemos, no como lo que habíamos sido sino como aquello en lo que nos habíamos convertido. Mejores o peores, un dilema para la historia, si es que la historia iba a seguir siendo algo, no para nosotros, sino para quienes partieron. Para nosotros, tan solo era... era. Nos hizo bien, y, aunque quizás no hubiese otras alternativas, nos hizo bien. Al fin pudimos ser... constantes en el incesante proceso de renovación de la naturaleza, vida y muerte como un mecanismo de regeneración continua. Todo cuanto nos queda son recuerdos residuales, los restos de una merienda al borde del camino... quizás.

El Último Grito